

Sobre todo, no os pese de la suerte de quienes, más felices que vosotros, recogen abundante mies en el campo de las almas. Alegraos de su celo y talento y de las bendiciones que así los animan y consuelan. Dad gracias á Dios, y pedidle con devoción una pequeña parte de esa elocuencia. Si sois humildes, os llegarán tan abundantes esas partecitas, que de ellas podréis hacer largueza.

Nada de comparaciones entre su manera de predicar y la vuestra. No os figuréis que, adoptando otro género del que conviene á vuestra naturaleza y estudios, tendréis mejor resultado: todos los géneros son buenos cuando se inspiran en el mismo amor de Dios y de las almas.

Y vosotros, á quienes Dios favorece, bendice y estimula, libraos de las sugestionés del amor propio y de la vanagloria. No son vuestros los frutos de la palabra apostólica, son mies de Dios. Vuelvo á encareceros seáis prontos y en absoluto desinteresados en la acción de gracias; y, al darlas al Señor no echéis en olvido á los piadosos auxiliares cuyas oraciones y sacrificios, ignorados del mundo y de vosotros mismos, seguramente han sido más eficaces que vuestra elocuencia, en la conversión de las almas.

CAPÍTULO III

ELOGIOS Y CENSURAS

Entrando en vuestra conciencia, os habéis juzgado; consultad ahora el juicio de los que os han oído. Según que hayáis sido muy severos ó indulgentes con vosotros mismos, podréis reformar los defectos de vuestra apreciación personal aplicando los elogios y censuras, que no faltarán á vuestros discursos. Unos y otras tienen inconvenientes y ventajas sobre los cuales voy á llamaros la atención.

Seríais, en mi juicio, perfectos, si consiguiérais prescindir por completo de la aprobación de los hombres, y tan sólo preocuparos del purísimo deseo de servir á los intereses de Dios, anunciando su palabra. Mas por desgracia (y antes lo he dicho), nuestra pobre naturaleza ávida de vanagloria, se deleita saboreando las alabanzas de sus admiradores, las espera con inquietud é impaciencia, y lo que es mucho peor, á veces las busca sin vergüenza ni recato.

Demos que sean raros los oradores que directamente solicitan aplausos y no se recatan de preguntar con descaro lo que se piensa de sus sermones; raros también los que fomentan esos elogios alabándose á sí mismos con parecidas frases: «La verdad es que hoy estaba yo de gracia.—A tal parte del sermón, no pude contener el entusiasmo.—¡Qué atenta estuvo la gente!; no se oía una mosca.—¡Se han fijado ustedes en tal pasaje? Conocí que había hecho impresión,» todo ello sazonado de períodos que repiten con énfasis y de nuevo proponen á la admiración ajena; raros, asimismo, los que de visita en visita van recabando plácemes, de que esperan abastecer el tesoro de su vanidad; más raros aun los que, rebajándose á nivel de expendedores de jabón, licores, específicos y otros géneros, mendigan de periodistas y afamados escritores artículos resonantes que sirvan de reclamo á su elocuencia. ¡Pobre gente!

Mófanse los mismos encomiadores de tan necia avilantez, al mismo tiempo que la fomentan con mal intencionado sahumero; y á vuelta de los mayores piropos, hacen trizas el manto de elocuencia con que tales oradores se creían ataviados.

En ningún género de estos pretendo incluíros.

Sin embargo, hay modo más astuto de procurarse alabanzas. Consiste en hacer del modesto, fingirse descontento de sí mismo, culparse de no haberlo hecho bien ó no haberse preparado, y pedir místicamente oraciones que eviten nuevo fracaso. Pero ¡que desengaño, si á este le tomasen por la palabra! Lo que taimadamente busca es un mentís, y que le digan: «No señor, todos han quedado sumamente complacidos.»

Aun suponiendo que de ningún modo busquéis aprobación y alabanza, ¿no es cierto que la esperáis? La naturaleza se inquieta y angustia de no hallarla, y contristado el corazón desmaya. ¡Por qué?... Si bien miraseis lo que vale esa vana recompensa de vuestros esfuerzos y trabajo, por poco la daríais.

Hay alabanzas necias que sólo miran á las exteriores dotes del orador. Es elegante, buen mozo, fino, simpático. Tiene manos hermosas, voz agradable y..... se acabó. ¡Habréis de contentaros con eso?....

Las hay de puro cumplido, elogios generales que nada dicen, y son especie de recibo ó visto bueno. Por no parecer indiferentes, dicen al predicador: «Ha echado V. un buen sermón,» como si dijieran: «No hace mal tiempo hoy.» Lo cual equivale á no decir nada.

Las hay exageradas, que para algunos consis-

ten en exclamaciones cuya razón no podrían dar, si se les preguntasen: ¡Valiente! ¡magnífica! ¡sublime! Preguntadles en qué, y se encogerán de hombros. Yo mismo lo tengo visto. Un buen hombre, fervoroso cristiano, pero fácil admirador de lo que no entendía, venía de oír predicar en una parroquia principal de París á uno de nuestros Padres. Al presentármese, ebrio de entusiasmo, repetía: «¡Aquello ha estado sublime! ¡sublime!» Le pregunté de que había hablado el orador: y me respondió: «Hombre, yo entiendo poco y no puedo entrar en pormenores; sólo puedo decir que aquello era magnífico.» Necedad sería parar mientes en tales aspavientos.

Hay, por fin, alabanzas peligrosas y traidoras. Son estas las que ensalzan los extravíos y defectos que en la predicación debemos evitar, por ejemplo, la exageración de ideas, opiniones arriesgadas ó avanzadas, excesos de imaginación, acentuado modernismo en la forma, concesiones al espíritu del mundo en detrimento de la sencillez y austeridad evangélicas, inoportunas é imprudentes digresiones sobre materias ajenas al púlpito cristiano, ó violentos ataques de polémica. Desconfiad de los que vienen á incensaros diciendo con insistencia que no sois retrógrados; que no os habéis estacionado como tantos otros en la inmovilidad del dogma; que se nota en vosotros el es-

píritu moderno y sus magníficos vuelos, que poseéis su mágico lenguaje; que habéis retirado el viejo vocabulario de los predicadores de otra edad; que conocéis cual nadie las aspiraciones y necesidades de la sociedad y de las generaciones contemporáneas; que sois denodados y generosos defensores de las clases oprimidas y fustigáis de mano maestra á los tiranos opresores. Tributadas de buena fe, siempre ofrecen peligro estas alabanzas; y son traidoras en la intención de los que pretenden hallar en vosotros; ó haceros cómplices de sus prejuicios y bastardas pasiones. Por eso, cuando os las dirijan, entrad en vosotros mismos, y con humildad preguntaos por qué faltas habréis podido merecerlas.

Ya lo véis, los elogios son en su mayor parte, de poco valor; y con todo en ellos se gloria el amor propio. «Son tonterías, decía un hombre de talento, pero es el caso que gustan.»

Entonces me diréis, ¿no hemos de tomar en cuenta elogio alguno? No es eso lo que pretendo: que no se prohíba alabar el mérito, puesto caso que debamos evitar la adulación. Un elogio justificado y oportuno puede ser saludable estímulo, sobre todo para un orador joven. Personas hay, y yo he conocido algunas, que alardean de no haber jamás tributado elogios; sin duda para desquitarse de no merecer ninguno.

Cualquier oyente sensato, benévolo y sincero, no puede menos de expresar satisfacción de un buen discurso que le ha interesado y conmovido. Mas huid del engreimiento; lástima os tendría si este fuese vuestro único aliciente y galardón. Por encima de todas las felicitaciones pongo yo esta grave y piadosa sentencia de un santo prelado, dirigida á un joven predicador, al cual acababa de oír: «Hijo he pasado un buen rato, da muchas gracias á Dios.» Que fué decirle: «Tu talento y brillantez los debes al único que merece todo honor y gloria.»

A El habéis de ofrecer los verdaderos elogios, corona de vuestro trabajo, que recibiréis con piadosa modestia; á El habéis de pedir, en medio de fervorosa acción de gracias, su aprobación suprema, el mejor de los estímulos. No os dirá en términos sensibles, como al Doctor Angélico: «*Bene scrípsisti de me;*» mas sin ruido de palabras, oiréis en el fondo de vuestro corazón la discreta voz de la gracia: «¡Animo, siervo bueno y fiel: *Euge, serve bone et fidelis!*» Esta es la verdadera recompensa y el divino aliento del apóstol...

Si os faltan alabanzas, atended á las críticas, en la firme inteligencia de que estas no faltarán. Vuestra voz, pronunciación, dicción, accionado, método, raciocinio, ideas, opiniones, estilo, todo será objeto de observaciones, á veces desagrada-

bles, contra las cuales ha de sublevarse el amor propio. Tentados os veréis de tenerlas por injustas, exageradas, inspiradas, quizá, en bajos motivos y ruines pasiones; os lastimarán, si no sois tan orgullosos que os creáis irreprensibles y sin pudor os arroguéis el derecho de menospreciar toda censura.

Os suplico no os ofendáis, sino considerad que en la mayoría de las críticas, aun las más exageradas, hay un grano de verdad de que podéis aprovecharos. Cierto que vuestros censores no son infalibles, y que muchas veces fundan sus juicios en las propias condiciones personales más que en los principios de sana crítica. El que apenas tiene pulmones juzgará que voceáis demasiado y os cansáis más de lo justo; un estentóreo extrañará la moderación de vuestra voz. Este, de fuertes inflexiones, opinará que vuestra pronunciación es débil; aquel, frío y acompasado, os tchará de exuberante en la acción. Todavía andará peor la cosa tratándose de vuestras ideas, opiniones, método, raciocinio y estilo. Para unos flaquearéis en Filosofía, Teología ó conocimientos científicos, para otros habrá demasiado aparato de ciencia; para este seréis retrógrados, para aquel, muy avanzados; según unos, sacrificaréis la lógica á la fraseología y vena oratoria, otros os juzgarán atados por el exagerado método de

vuestro razonar; estos echarán de menos colorido y calor en vuestro estilo, á otros parecerá que tanto refinamiento y afectación desdice de la santa gravedad del púlpito. ¿Qué se yo cuántas cosas más?...

En breve, podréis ser objeto de juicios contradictorios. No os precipitéis á despreciarlos ni acusarlos de injustos, exagerados ó necios; conservad sangre fría en ese encuentro, y dócilmente prestaos á la corrección, que de seguro necesitaréis en algún punto. El hombre juicioso y concienzudo recoge con interés todas las críticas que recaen sobre su talento y obras. Sabe distinguir con serenidad las que no son sino groseras injurias inferidas á la palabra de Dios y al sagrado ministerio del predicador más bien que á su persona, y, como los Apóstoles, «felicítase de padecer afrentas por el santo nombre de Jesús.» Cuanto á las demás críticas, las recoge y confronta, y las compara, y hecho el balance, concluye por hallar justas censuras que aplica á la corrección de sus defectos. Si, dudoso, no fía de sí en este delicado asunto, en que es á la vez juez y parte, no le faltará un amigo experimentado, prudente y servicial; de toda su confianza, que le ayude á distinguir la verdad de las exageraciones críticas y poner las cosas en su punto para facilitar la enmienda. Legítimo y saludable placer siente el varón apostó-

lico que, revisando los trabajos de prolongado y laborioso ministerio, ve que, si ha hecho progresos, mucho más lo debe á sus censores que á sus panegiristas.

Tal vez sucederá que nadie os alabe ni os censure. No os preocupe ese silencio. El bien hecho á las almas, trabajando discreta y únicamente á honra de Dios, será vuestra alabanza, y entraréis en la humilde y no menos gloriosa falange de los oradores sagrados de quienes dice el insigne historiador italiano: «Los mejores predicadores son los que no suenan y hacen más bien que ruido» (1).

(1) CANTÙ, *La Literatura italiana*, VIII.

CAPÍTULO IV

CORRECCIÓN DEL DISCURSO Y ENSEÑANZAS DE LA EXPERIENCIA

Por aplicados que seáis al trabajo y al estudio, y por fervorosas y puras que sean respectivamente vuestras oraciones é intenciones, supongo que no tendréis la pretensión de hacer desde luego cosa perfecta. Acontece al orador lo que á los escritores: los mediocres son los más pagados de sí mismos. Terminado un sermón, os invito á miraros en el espejo que os presenta uno de nuestros poetas:

Henchido de placer el necio escribe
Sin ton ni son, innumerables versos.
Míralo bien como se pavonea,
De sí mismo admirado y satisfecho.

Mira el ingenio de sublimes alas
Cómo al bello ideal tiende su vuelo,
Celebran todos sus divinas obras,
Y él queda de sí y de ellas descontento;
Y para estar en paz, quisiera á veces
Jamás haber escrito un solo verso (1).

(1) BOILEAU, sátira II.

Si, al miraros aquí, véis al hombre satisfecho, de temer es que el sermón no valga mucho. Notad, sin embargo, que entre la presunción del fatuo y el despecho del ingenio sublime admirado de todos, hay un medio de buen sentido, propio del varón modesto y sensato. Ahí debéis colocaros para revisar vuestros discursos.

Insisto en la utilidad y aún necesidad de esa revisión. No imitéis á los predicadores haraganes, que, predicado un sermón, échanle entre sus mamotretos, y no le sacan sino para volver á predicarle como lo tenían la vez primera. Lo cual no siempre es pereza: hay quienes hacían papeles sobre papeles; y aumentan la cantidad de su bagaje oratorio á expensas de la calidad. Diríase que han tomado por regla de conducta esta divisa: *Predicar, predicar, que algo queda siempre.* Vacíanse y no se llenan; repítense y no se mejoran; y derrochando facilidad y talento, condenanse á perpetua medianía. Brillan, sin duda, en la historia del púlpito, las extrañas figuras de ciertos hombres apostólicos que recorrieron la Europa cristiana predicando todos los días. Pero considerad que los Juanes de Vicenza, Antonios de Padua, Vicentes Ferrer, Bernardinos de Sena y otros más, estaban milagrosamente inspirados y asistidos por Dios, con lo cual no podéis contar vosotros. Además, habíanse preparado con largos

estudios, sus almas hallábanse constantemente excitadas por la meditación de la ley de Dios y de los sobrenaturales misterios, y no descuidaban el retoque de sus sermones, aplicándoles sus propias enmiendas á los de los amanuenses avezados á consignar lo más capital de sus discursos. Imitadlos en esto, ya que no podáis emular su ingenio, privilegios y virtudes.

Sea vuestro primer acto de revisión incorporar al discurso los repentinos transportes, ideas originales, argumentos imprevistos, y en una palabra, cualquier feliz inspiración que, predicando, pudieris haber tenido. No hay que diferir este trabajo; pues si dejáis enfriarse el alma, fácilmente perderéis un bien precioso, quizá para no recobrarlo.

Luego que hayáis sosegado y hecho selección de aprobaciones y críticas, valeos de ellas para amplificar, reforzar y corregir vuestro trabajo. Retened y perfeccionad lo bueno, rectificad lo vicioso, suprimid lo inútil.

Esmeraos, sobre todo, en reducir vuestro discurso á justas proporciones. En tal pasaje, habréis sido pródigo, y en otro, escaso de amplificación. Por ventura necesitéis nutrir, fortificar, avalorar los argumentos con mayor abundancia de autoridades, ejemplos y comparaciones ó paralelos...

Si os tachan de pesados, es que acumuláis excesiva materia sobre un tema que bien pudierais

dividir, y os daría dos sermones en vez de uno....

Si el estilo es muy difuso, depuradle. Acaso esté plagado de neologismos y expresiones decadentes: reducidle á las leyes de bella y castiza literatura.—Es incorrecto, desaliñado, inexacto, oscuro ó lánguido: sometedle á los rigores de la sintáxis, pulidle, buscad el justo vocablo que precisa la idea poniéndola de relieve; coloread la frase, prestadle calor y vida.

Mirad por fin, si tal discurso que conviene á un auditorio instruído podría, mediante oportuna transformación, adaptarse á otro auditorio popular.

Ya véis si hay amplia materia de revisión. No obstante, incorporadas en vuestro primer trabajo las inspiraciones del púlpito, utilizadas con discreción aprobaciones y censuras, proporcionado el discurso, corregido el estilo, é introducidas en el conjunto modificaciones que le acomoden á auditorios de distinta condición intelectual, todavía os quedará por hacer algo muy importante, y es: someter vuestra composición á las enseñanzas de la experiencia.

Se adquiere esta con años, observación y trato de las almas. Vuestra preparación remota y primeros estudios os han dado sólo un conocimiento general y puramente especulativo del

hombre, en quien debéis obrar mediante la predicación. Este hombre es de todos lugares y tiempos; pudiéramos llamarle hombre universal y eterno. Como muy bien dice el P. Longhaye, «es la naturaleza humana, puesto el pecado de origen y la gracia; es el espíritu y el corazón humano, con su fondo, siempre el mismo, de buenas ó malas inclinaciones, con su invariable temperamento de simpatías y repugnancias á la luz sobrenatural, de amor y odio á las verdades divinas. No que exista en abstracto, aislado de caracteres accidentales de tiempo, lugar, situación é idiosincrasia; más, bajo estos varios caracteres, le hallaréis doquiera. Con él daréis á las cincuenta leguas lo mismo que á las ciento; al pie de todos los púlpitos donde repitáis las páginas que acabo de oiros, allí estará, siempre el mismo» (1).

Os he aconsejado que le evoquéis y os pongáis mentalmente en relación con él, desde la soledad del aposento, mientras componéis el discurso. Si, en vuestros primeros ensayos, se ve que le habéis estudiado á fondo y conocéis el modo de interesarle, fácilmente os perdonarán cierta inexperiencia de su estado presente. Pero no habéis de contentaros con ese perdón: neces-

(1) *La Predicación: Principales Maestros y leyes*, IIª part., libro II, cap. 1, § 1.

sitáis conocer prácticamente al hombre actual, al hombre del día, al hombre de tal ambiente, de tal situación particular, de tal disposición momentánea. «De atender únicamente á la invariable naturaleza humana, sin tener en cuenta las circunstancias particulares, correríais gran peligro de no obtener resultado. Tropezaríais con una barrera de preocupaciones y disposiciones actuales que impiden el acceso al alma; y por no contar con los accidentes exteriores, no llegaríais al hombre eterno que de ellos, en cierto modo, se reviste» (1). Debéis, pues, mirar atentamente en vuestro derredor, estudiar los movimientos, evoluciones y aspectos de las generaciones que se suceden, y en una palabra, conocer experimentalmente el medio en que ha de ejercerse vuestro ministerio apostólico; para hablar como conviene.

Claro está que la verdad no cambia, mas la adaptación de la verdad á tal ó cual medio intelectual, moral y social, no puede ser siempre la misma. Tácito ha dicho: «Quince años es un gran trozo de siglo: *Quindecim annos grande ævi spatium.*» Con efecto, en quince años, ¡cuántos cambios pueden obrarse en una sociedad de vida compleja, intensa y agitada! ¡Cuántos progresos

(1) P. LORGHAYE, op. et loc. citl.

en la ciencia, abusos en su empleo, luces adquiridas ó tinieblas acumuladas en las inteligencias, altas ó bajas en las costumbres públicas, mudanzas en la opinión, intimidación ó tirantez en las relaciones entre diferentes clases de la sociedad, modificaciones en la vida material, civil, política y religiosa! etc. ¿Podremos prescindir de esas alteraciones y hablar hoy como ha quince ó veinte años? Es evidente que no. Recuerdo haber asistido durante el mejor período del segundo Imperio, á un sermón que predicó en la iglesia de San Sulpicio un orador famoso por su talento y celo apostólico. Versaba sobre *la Educación*, y llevaba diez y seis ó veinte años de compuesto, sin haberle cambiado una palabra. En él se referían bastante inoportunamente las irregularidades administrativas y luchas universitarias de la monarquía de Julio. Hallábase junto á mí un oyente que revelaba ilustración y cultura, y en su aspecto me parecía leer expresión de desagrado. Sin más, le oí murmurar del predicador: «Pero, ¿qué es lo que dice ese hombre? eso se refiere á Luís Felipe.» Esta simple averiguación bastó para hacerle perder el fruto de consideraciones bellísimas y elocuentes, de que todos podían aprovecharse.

No os esponzáis á tal fracaso, y para ello dedicaos á conocer al hombre de vuestro tiempo. Sin mezclaros con el mundo, sin ser mundanos,

sabed lo que en el mundo pasa, qué es de él, cómo se le puede ganar, dominar y reducir á Dios. Leed mucho, escuchad, observar, medita, haced cargo del medio en que ha de caer y obrar vuestra palabra: y entonces comprenderéis que los discursos no pueden quedar tales como la primera vez salieron de vuestra mano: sino que es preciso revisarlos, cercenar cuanto en circunstancias pudiera ser inútil ó inoportuno, sustituir argumentos de gastado alcance por otros más nuevos y adaptados al estado actual de los espíritus, utilizando, para ilustrar, mover y convertir las almas, las lecciones de experiencia que, en buen ó mal sentido, nos ha dado el tiempo.

Pero, más que en nada, en el comercio con las almas os será útil y fructuoso el magisterio de la experiencia. No podéis estudiarlas durante los años de preparación, que de ellas os tenían alejados. El ministerio os las atrae, y os permite verlas de cerca y perfeccionaros en la ciencia íntima de las disposiciones, flaquezas, miserias y también recursos de la naturaleza humana, solicitada por los escándalos del mundo y puesta en contacto con la gracia de Dios. En ese comercio con las almas que se os franquean, podéis enteraros de lo que las torna más accesibles á las preocupaciones, sofismas y errores que pervienten en ellas el buen sentido y quebrantan la fe; de los instintos y pa-

siones que las predisponen á ceder más fácilmente á tales ó cuales ocasiones de pecado; de las funestas influencias que en ellas ejercen estos ó aquellos hábitos de la vida contemporánea; de las consideraciones que, habiéndolas movido en vuestra predicación, pueden mover á otras almas; y finalmente, de cuanto ilustra, consuela, alienta, eleva, confirma y abre los caminos de la divina misericordia y las vías de la perfección cristiana: cosas todas que sólo habíais visto de lejos y de que podéis hablar de modo más útil y eficaz, habiéndolas visto más de cerca. Atrévome á deciros, sin temor de errar, que esta experiencia os enseñará más que toda otra sobre las imperfecciones de vuestros discursos y os convencerá de la necesidad de revisarlos, aunque hubieseis de rehacerlos por completo.

Termino proponiéndooos como el más poderoso instrumento de progreso en el arte de la sagrada palabra es el trabajo de vuestra propia santificación. A medida que se purifica el alma, se abre á la divina luz que afina y fortalece su poder de observación, y mejor dice á otros lo que necesitan para ser más buenos y más santos quien mil veces se lo ha dicho á sí mismo.

«La santidad, dice un piadoso instructor de la juventud eclesiástica, es un progreso en el arte de la predicación..... El joven predicador que no se

sienta provisto de cualidades naturales, ó á quien arredren las dificultades del oficio, consuéllese pensando que en la mano tiene lo más importante de su arte» (1).

EPILOGO

(1) P. SCHLEINIGER, S. J., *La prédication ecclésiastique.*